

AGENDA CIUDADANA

EL ESPEJO DE DON PABLO

Lorenzo Meyer

Aniversario. En el siglo 20 México tuvo el sistema político autoritario más original y eficiente –ningún otro de la misma naturaleza duró tanto ni fue tan estable-, pero sólo contó con una explicación teórica igual de original cuando Pablo González Casanova la elaboró. Estaría mal que 2005 concluyera sin una reflexión en torno al cuarenta aniversario de la aparición de la primera visión general de nuestra realidad política posrevolucionaria elaborada por un científico social mexicano.

Hasta 1965, las interpretaciones académicas disponibles sobre la naturaleza del sistema político surgido de la Revolución Mexicana provenían del exterior, especialmente de Estados Unidos. Fue entonces cuando González Casanova dio forma a una interpretación que resultó ser una alternativa de mejor calidad y con una agenda diferente respecto de las visiones ofrecidas por los estudiosos del exterior. Se trató de **La democracia en México**, obra concluida en 1963 y publicada dos años después. Desde entonces, las ediciones y traducciones de la obra se han sucedido hasta convertirla en un clásico, es decir, en un trabajo que trascendió su época y adquirió un valor permanente.

La Pobreza Interpretativa. A diferencia de las que le antecedieron y de las que le seguirían, la Revolución Mexicana fue un gran movimiento social que no fue acompañado de una elaboración teórica equivalente. Desde su inicio, la llamada Revolución Americana del siglo 18, dio lugar a todo un cuerpo teórico y filosófico que la explicó y legitimó en términos prácticos y morales (los “Papeles Federalistas” por ejemplo); la Revolución Francesa fue también una explosión intelectual. Y ni que

decir de la Revolución Bolchevique, contemporánea de la mexicana: su marco teórico -el marxismo- fue una explicación de toda la historia humana y una predicción del futuro.

La Revolución Mexicana fue precedida de obras generales como las de Justo Sierra y Andrés Molina Enríquez o los escritos de Ricardo Flores Magón, pero una vez que el movimiento estalló, su originalidad fáctica no tuvo contrapartida teórica. Al final, el régimen que sustituyó al porfirista fue uno de los sistemas antidemocráticos más exitosos y originales del siglo pasado, pues ninguno alcanzó su longevidad y solidez (su inicio puede datarse en 1917 y su final en 2000), pero los esfuerzos por explicarlo e interpretarlo fueron pobres. En buena medida esa característica se explica porque el régimen se negó sistemáticamente a aceptar su naturaleza real -autoritaria- e insistió en hacerse pasar por lo que no era: por un régimen republicano, federal, liberal y democrático.

Los Primeros Intentos desde Dentro. A partir del fin del cardenismo y de la II Guerra Mundial, México entró políticamente en la era posrevolucionaria. Y entre los primeros esfuerzos por entender lo que estaba pasando, se encuentran los ensayos de dos intelectuales: Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas. Ambos usaron a la revista Cuadernos Americanos en 1943 y 1947 respectivamente, para señalar, el primero, que la Revolución Mexicana estaba en crisis (vol. 11, N° 5) y el segundo (vol. 32, N° 6) que México mismo estaba en crisis. Ambos ensayos explicaron el abandono de los compromisos de democracia política y social de la Revolución como resultado de la gran corrupción de la clase dirigente, es decir, como un magno problema ético de difícil solución. Desde el poder se elaboraron respuestas parciales, como la de José Iturriaga, La estructura social y cultural de México (1951). Ahí, con “datos duros”, se

intentó probar el gran avance de la democracia social (la clase media había pasado de ser el 7.78% de la población al 15.87%, el campesino ya no era peón sino ejidatario, en tanto que la industrialización había dado al obrero sindicatos y seguridad social).

Las Visiones del Exterior. Las primeras interpretaciones generales de la Revolución Mexicana que supuestamente usaron los instrumentos más avanzados de la teoría social, provino de la potencia con mayor interés en los procesos mexicanos: la norteamericana. Entre los 1920 y 1930, personajes asentados en el activismo de izquierda del país vecino como Ernest Gruening, Frank Tannenbaum, Nathaniel y Sylvia Weyl o Eyler Simpson, fueron portavoces de una visión positiva de los logros revolucionario: sindicalismo, reforma agraria, educación y nacionalismo. Sin embargo, tras la II Guerra Mundial la perspectiva cambió mucho cuando los académicos norteamericanos, provistos de agendas políticas distintas, se hicieron cargo de elaborar una explicación congruente con las bases ideológicas anticomunistas de la “guerra fría” y legitimaron un sistema político mexicano anclado ya en la estabilidad reaccionaria y corrupta denunciada por Silva Herzog y Cosío Villegas.

Dentro de esta perspectiva ideológica, apareció en 1953 el libro de Howard F. Cline, The United States and Mexico. Ahí, se concluía que México se encaminaba a la construcción de una democracia al estilo occidental, aunque aún debería eliminar aspectos “deplorables” de la política “a la mexicana”. Como sea, lo importante era que “...los *kulaks* mexicanos ya están manejando autos Ford, y pronto Buicks y Nashes hechos en México. ¿Pueden los comunistas lograr algo similar?”. Un sexenio más tarde, Robert C. Scott, de la Universidad de Illinois, publicó Mexican Government in Transition. La idea central estaba en el título: México evolucionaba de un régimen revolucionario del tipo dominante en los países del Este a otro tipo

Occidental, identificado con la democracia liberal y bastante pragmático. En México, se aseguró, había ya un grado relativamente alto de participación política y existían los canales para que los grupos de interés formaran coaliciones e hicieran que sus intereses fueran tomados en cuenta.

Un año antes de que apareciera la obra de González Casanova, Frank Brandenburg publicó The Making of Modern Mexico. Aquí no menguó el entusiasmo por la naturaleza del proceso político mexicano, pero en vez de poner el acento en la democratización, el autor –más realista- prefirió ponerlo en la naturaleza de la élite, de la “Familia revolucionaria”. Esta oligarquía, dirigida por el presidente en turno, estaba comprometida con la modernización aunque no utilizaba el camino propio de las democracias occidentales sino otro adecuado a “las líneas dictadas por el propio y peculiar pasado mexicano, según sus necesidades, demandas y aspiraciones”. En cualquier caso lo importante era el resultado de la “política a la mexicana”: un país dominado por un solo partido pero moderno y con “una posición ejemplar entre las naciones latinoamericanas”.

El Espejo Propio. Es en este ambiente de guerra fría y donde la academia norteamericana apoyaba al régimen priísta y la mexicana simpatizaba con Cuba y su revolución socialista, que apareció La Democracia en México de González Casanova. El autor, armado de una gran cantidad de datos e indicadores bien sistematizados y de un marco teórico que asimilaba lo mejor de la sociología política internacional, desarrolló a plenitud las complejas relaciones que en México se habían establecido entre el sistema político realmente existente y la estructura social con sus desigualdades estructurales y sus efectos no siempre positivos en el desarrollo económico.

La Democracia en México dio forma a un espejo propio, que mostró como “nuestros éxitos nos engañan a nosotros mismos” (p.174). Sostuvo que los problemas de fondo -como el “colonialismo interno” y la marginalidad- se podrían resolver no por la vía de una revolución socialista, improbable en las condiciones del México de entonces, ni menos manteniendo el *status quo* y sus inercias, sino enfrentado el gran déficit democrático del régimen posrevolucionario. Al final de la obra, y siguiendo tanto las líneas del razonamiento teórico marxistas como las del enfoque estructural-funcionalista norteamericano, González Casanova sostuvo que la única forma de llevar a México a un estadio superior de su desarrollo, era modificar radicalmente la naturaleza autoritaria de su régimen y acercarlo a la democracia política real. Para la izquierda, una democracia real abría la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo y para la derecha, la de profundizar la modernización económica asegurando que los inevitables conflictos sociales propios de ese proceso se canalizaran institucionalmente.

Lo que Pablo González Casanova propuso fue un proyecto nacional aceptable para las dos grandes visiones del proceso político: la derecha y la izquierda. Trágicamente, 1968 y sus consecuencias mostraron que el académico había tenido razón entonces... y que la sigue teniendo ahora.